

Las costas oceánicas y las ondas de murmurios confidenciales, como los que arrullaran mi niñez,  
Y el alma que se vuelve hacia ti, ¡oh muerte! buscando tus labios bajo los velos de tu crespón,  
Y el cuerpo, que se estrecha, reconocido contra ti.

—  
Por encima de los susurrantes bosques elevo mi canción hacia ti,  
Por encima de las ondas que suben y bajan, por encima de los campos y de las praderas inmensas,  
Por encima de todas las ciudades compactas y amontonadas, por encima de los puertos y de las avenidas hormigueantes,  
¡Elevo esta canción hacia ti, oh muerte!  
¡Con alegría! ¡Con alegría!

### Á cierta cantante

Tomad esta estrofa,  
La reservaba para algún héroe, orador ó general,  
Alguien que hubiera servido la vieja y buena causa, la gran idea, el progreso y la libertad de la raza,  
Algún bravo afrontador de déspotas, algún audaz rebelde,  
Mas veo que lo que reservaba, os corresponde  
Tantó como á cualquiera de ellos.

### De lo más hondo de las gargantas del Dakota

(25 Junio 1876)

De lo más hondo de las gargantas del Dakota,  
Región de los barrancos salvajes, del Sioux de piel bruna,  
de la inmensidad solitaria, del silencio,  
Se alzan hoy por azar fúnebres gemidos, retumba por azar el clamor de los clarines en loor de unos héroes.

—  
He aquí la crónica de la batalla:  
Los indios han preparado una emboscada, su astucia triunfa, forman un círculo fatal,  
Las tropas de caballería combaten hasta el fin con el más inflexible heroísmo,  
En el centro del pequeño círculo, parapetados detrás de sus caballos muertos,  
Custer cae con todos sus oficiales y sus soldados.

—  
Así continúa la vieja, la vieja tradición de nuestra raza,  
Lo que la vida tiene de más sublime exaltado por la muerte,  
La antigua bandera sostenida indefectiblemente.  
¡Oh lección oportuna! ¡Cuán grata al alma mía!

—  
Mientras solitario y triste en estos días sombríos yacía sentado buscando en vano un resplandor, una esperanza que rompiera la espesa negrura de la edad,  
He aquí que surge, de regiones inesperadas, una prueba repentina y salvaje  
(Allá, en el centro, el sol caliente aún, aunque oculto,

La vida eléctrica anima siempre el centro;  
¡Y reluce el surco de un relámpago!

Tú, cuyos leonados cabellos flotaban en las batallas,  
Tú, á quien yo viera antaño, alta la frente, avanzar siempre en primera fila, empuñando la espada,  
He aquí que apagas bravamente en la muerte el ardor espléndido de tus hazañas  
(No es un himno fúnebre el que te canto, es una estrofa alegre y triunfal),  
He aquí que terrible y glorioso, más terrible, más glorioso que nunca en la derrota,  
Después de tantos combates en los que nunca entregaste un cañón ni una bandera,  
Dejando tras de ti una memoria grata á los soldados,  
Te aniquilas tú mismo.

### Del mediodía á la noche estrellada

¡TÚ, ASTRO CENITAL!

¡Tú, astro cenital, en toda la potencia de tu deslumbramiento! ¡Tú, ardoroso mediodía de Octubre!  
Que inundas de devorante luz la arena gris de la playa,  
El mar próximo de roncós silbidos, con sus lejanas perspectivas y sus espumas escalonadas,  
Con sus leonados regueros, sus sombras y su inmensidad azul;  
¡Oh sol resplandeciente del mediodía! ¡Es para ti este canto singular!

¡Escúchame, soberano!  
¡Te habla el más agradecido de tus hijos, el que siempre te ha adorado!  
De pequeñuelo me arropaba en tu manto; más tarde, feliz

chiquillo, solo, á la orilla de un bosque, tus rayos, acariciándome de lejos, bastaban para mi felicidad,  
Y joven ó viejo, en la plenitud de mis fuerzas, has sido para mí, tal como te muestras hoy, mientras te dirijo mi invocación.

(No puedes engañarme con tu silencio,  
Yo sé que la Naturaleza se inclina ante el hombre digno,  
Aunque no contesten con palabras, los cielos, los árboles oyen su voz, y tú la oyes, ¡oh sol!  
Cuanto á tus espantosos dolores, á tus perturbaciones, á tus inesperados abismos y á tus gigantescos dardos de llamas,  
Los comprendo porque yo también conozco esas llamas y esas perturbaciones.)

Tú que difundes tu calor y tu luz fructificadoras  
Sobre las miríadas de granjas, sobre las tierras y las aguas del Norte y del Sur,  
Sobre el Mississipi de interminable curso, sobre las herbosas llanuras de Tejas, sobre las selvas de Canadá  
Sobre la tierra toda que vuelve su rostro hacia ti, brillante en el espacio,  
Tú que lo envuelves todo imparcialmente, los continentes y los mares,  
Tú que te prodigas á los racimos y á las hierbas locas y las florecillas los campos,  
Difúndete, difúndete, á través de mí y de mis poemas; dédicame uno solo de los rayos fugitivos de tus millones de millones,  
Atraviesa estos cantos.

No limites á ellos solamente tu esplendor sutil y tu potencia,  
Reserva también algo para el día avanzado de mi ser,  
dora mis sombras que se alargan,  
Prepara mis noches estrelladas.

### Iniciadores

Pienso cómo la tierra (donde aparecen por intervalos) está provista de ellos.

Cuán caros y temibles son para la tierra,

Cómo la ganancia es igual para ellos que para los demás—  
—por paradójica que parezca su edad—,

Cómo la multitud responde á su llamado, á pesar de no conocerlos,

Cómo hay algo de implacable en su destino, en todos tiempos,

Cómo todas las épocas eligen mal los objetos de su adulación y de su recompensa,

Y cómo el mismo precio inexorable debe ser pagado todavía para la misma grande adquisición.

### ¡Jonnonidio! (1)

Esta sola palabra es un poema, un himno fúnebre;  
Sus sílabas me evocan cuadros extraños y brumosos, visiones de desiertos, de rocas, de tempestades y de noches de invierno;

¡Jonnonidio!—Veo á lo lejos, hacia el Norte ó al Oeste, en largas torrenceras y montañas negras,

Por las cuales se deslizan, raudas como espectros crepusculares, multitudes de jefe robustos, de brujos y de guerreros.

(Raza de las selvas, de los amplios espacios y de las caratatas,

(1) Vocablo iroqués; significaba *lamentación*.

Ningún cuadro, ningún poema, ningún relato te legará al futuro.)

¡Jonnonidio! ¡Jonnonidio!—Desaparecen sin que nadie los recuerde, sin que los evoque nadie;

La actualidad se esfuma ante ellos, pueblos, granjas, usinas, ciudades, se desvanecen;

Fuertes y veladas vibran un instante las sílabas autóctonas, la palabra *lamentación* pasa en el aire

Y se hunde en el silencio para siempre jamás.

### Los Estados Unidos á los críticos del Viejo Mundo

Aquí comenzamos por ocuparnos de los deberes del presente, escuchamos las lecciones prácticas,

Riqueza, orden, vías férreas, construcciones, productos, abundancia;

Reforzamos los cimientos del más variado, eterno y vasto de los edificios,

Del que se elevarán, andando el tiempo, las cúpulas orgullosas,

Las flechas fortísimas y altivas, las flechas enhebradoras de estrellas.

### Hacia alguna parte

Mi sabia amiga, mi más noble amiga

(Sepultada ahora en una tumba inglesa, y á cuya querida memoria dedico esta página),

Un día terminó así nuestra conversación: «El resumen de todo lo que sabemos, de todas las intuiciones profundas

— Geología, Historia, Astronomía y Metafísica—,  
Es que todos avanzamos, avanzamos lentamente, que todos mejoramos.

Que la vida, la vida es una marcha sin fin, la marcha de un interminable ejército (1) (sin descanso posible),

Que el mundo, la raza, el alma, los universos en el espacio y en el tiempo

Están en marcha, cada uno á su modo, hacia quién sabe dónde; pero seguramente hacia algún lado....»

### Media noche

He aquí tu hora, alma mía, la hora en que emprendes el vuelo á través del éxtasis sin palabras,  
¡Oh! Lejos de los libros, lejos del arte y de las arduas jornadas;

Emerges de tu estuche, divinamente silenciosa, maravillada, meditando los eternos y predilectos motivos:  
La noche, el sueño, la muerte y las estrellas.

### Espíritu que has plasmado esta naturaleza

(Escrito en el cañón del Colorado)

Espíritu que has plasmado esta naturaleza,  
Estos ásperos y rojos amontonamientos de derrumbadas rocas,

Estos picos temerarios que pretenden escalar el cielo,  
Estas gargantas, estos riachos turbulentos y claros, esta desnuda frescura,

(1) Ver Bergson: *L'Évolution Créatrice*, cap. III, pág. 294.

Esta arquitectura bárbara y caótica, ordenada según sus propias leyes,

Te conozco, espíritu salvaje—somos viejos amigos, más de tres veces hemos comulgado juntos—,

En mí también impera esta arquitectura bárbara regida por sus propias razones.

¿No han arrojado sobre mis poemas la acusación de inartísticos?

¿Que no han sido creados según leyes rítmicas y delicadas?

¿Que habían dado al olvido la cadencia de los líricos, la gracia de los templos clásicos con sus columnas y sus arcos pulidos?

—  
Pero á ti, espíritu salvaje que te revelas aquí,  
Espíritu que has plasmado esta naturaleza,  
Mis cantos no te han olvidado.

### La abuela del Poeta

¡Ved esta mujer!  
Os mira bajo su cofia de cuáquera, su faz es más límpida y más bella que el firmamento.

—  
Está sentada en un sillón, bajo el umbroso soportal de la granja,  
El sol pone un largo rayo de oro sobre su anciana cabeza blanca.

—  
La tela de su amplio vestido es color crema,  
Sus nietos han cultivado el lino con que ha sido hecha, sus nietas lo han tejido en la rueca familiar.

—  
¡Vedla! Parece la melodiosa alegría de la tierra,  
La nieta, más allá de la cual la filosofía no puede ni quiere ir,  
La madre ennoblecida de los hombres.

### La Etiopía saludando á la bandera

¿Quién eres, mujer de negra faz, tan vieja que casi no pareces humana?

Con tu blanca y lunosa cabeza envuelta en un turbante, con tus anchos y desnudos pies?

¿Qué haces erguida al borde del camino? ¿Saludar la bandera?

(Fué mientras nuestro ejército costeaba los arenales y los pinares de la Carolina,

Que tú, Etiopía, saliendo del umbral de tu cabaña, te adelantaste hacia mí,

Hacia mí, que á las órdenes del esforzado Sherman marchaba en dirección al mar.)

«Señor, hace cien años me robaron á mis padres,  
Niñita, me cogieron como se cogen las fieras salvajes,  
Luego, el negrero bárbaro, atravesando los mares, me desembarcó aquí.»

No dijo más, pero permaneció allí todo el día,  
Ora inclinándose ante los regimientos que pasaban,  
Ora sacudiendo su fiera cabeza y dilatando sus ojos de tinieblas.

Yo pensaba: ¿qué tienes, mujer fatal, que casi no pareces humana?

¿Por qué sacudes tu cabeza bajo el turbante rojo, amarillo y verde?

¿Tan extrañas, tan maravillosas son las cosas que ves ó que has visto?

### Luna hermosa

Baja tus miradas, luna hermosa, ilumina esta escena,  
Vierte piadosamente las ondas de tu rumbo nocturno  
Sobre estos rostros fantasmales, hinchados, violáceos,  
Sobre muertos, tendidos de espaldas, con sus armas caídas  
lejos de ellos;

¡Vuelca los resplandores de tu nimbo inmensurado, luna sagrada!

### Reconciliación

¡Oh palabra, superior á todas las palabras, mágica como el firmamento!

Bello es que la guerra y todas sus carnicerías sean con el tiempo totalmente abolidas,

Que las manos de las dos hermanas, la Muerte y la Noche, laven y relaven, tiernas y constantes, este mundo maculado;

Porque mi enemigo ha muerto, un hombre divino como yo ha muerto;

Y miro el sitio en que yace extendido, inmóvil, dentro de su féretro,

Me aproximo á él y me inclino hasta rozar con mis labios el rostro pálido de mi enemigo.

### Cuando estaba á tu lado

Cuando estaba á tu lado, compañero, apoyada mi cabeza  
 en tus rodillas,  
 Te hice una confesión, la misma que ahora te repito:  
 Sé que soy enemigo del reposo, que infundo á los demás  
 análoga enemistad,  
 Sé que mis palabras son armas de doble filo, armas mor-  
 tales,  
 Porque atacan la paz, la seguridad, el bienestar y todas las  
 leyes establecidas.

—

Me siento más resuelto desde que todos me han renegado  
 que lo que habria podido estarlo si todos me hubieran aceptado,  
 No me preocupo ni me he preocupado nunca de la expe-  
 riencia, de las precauciones, de las mayorías ni del ridículo,  
 La amenaza de lo que llaman infierno no es nada para mí;  
 Y la atracción de lo que llaman cielo no existe para mí;  
 ¡Querido Compañero! Confiesa que te arrastro conmigo no  
 sé adónde, sin conciencia clara respecto de la finalidad de  
 nuestro viaje,  
 Sin saber si seremos victoriosos ó totalmente vencidos y  
 aniquilados.

### ¡Oh estrella de Francia!

(1870-71)

¡Oh estrella de Francia,  
 Que en la plenitud de tu esperanza, de tu fuerza y de tu  
 gloria  
 Fueras, durante tanto tiempo, como la nave capitana de  
 una flota,  
 El resto de un naufragio azotado por los trocado ahora  
 En huracanes, en un pontón sin mástiles,  
 Desbordante de machedumbres locas, furiosas, semisu-  
 mergidas,  
 Sin timón ni timonel!

—

¡Estrella oscurecida,  
 Orbe, no sólo de Francia, símbolo también de mi alma y  
 de sus más caras esperanzas,  
 Símbolo de la lucha, de la audacia, del divino y furioso  
 amor por la libertad,  
 Símbolo de las aspiraciones ideales, de los sueños de fra-  
 ternidad vivificados por los entusiastas,  
 Terror de los clérigos y los tiranos!

—

Estrella crucificada—vendida por traidores—,  
 Estrella agonizante sobre una región de muerte, sobre una  
 región heroica,  
 Extraña región, apasionada, frívola y burlona.

—

¡Desventurada! A pesar de tus errores, de tus vanidades,  
 de tus crímenes, no quiero aumentarte ahora,

Tus dolores y tus angustias actuales han borrado todas  
tus manchas,  
¡Te han sacramentado!

Es por haber mirado siempre alto y lejos—por encima de  
tus errores—,  
Por no haber querido venderte—fuere cual fuere la suma  
ofrecida—,

Por haber despertado arrasada en lágrimas, en mitad del  
sueño en que te sumergiera el narcótico imperial,  
Por haber sido la única, entre tus hermanas—que lacera-  
ras titánica á los mismos que te avergonzaban—.

Por no haber podido, por no haber querido sobrellevar las  
habituales cadenas.

¡Es por todo ello que ahora te vemos lívida, crucificada,  
Y con la lanza hundida en el costado!

¡Oh estrella! ¡oh nave de Francia tanto tiempo desorienta-  
da y zozobranante!  
¡Valor, orbe en desgracia! ¡Oh nave, prosigue tu crucero!

Tan firme como la nave que nos lleva á todos, como la  
misma Tierra,  
Hija del Caos y del Fuego mortales, de cuyos vastos y fu-  
riosos espasmos emergían al fin en su absoluta potencia y  
hermosura,

Para proseguir su curso bajo sol,  
¡Oh nave de Francia! ¡también tú así continuarás el tuyo!

El tiempo barrerá las nubes de tu cielo,  
Un día alumbrará el fruto de tus largas preñeces;  
¡Entonces! Renacida, gigante, durmiendo la vejez de Eu-  
ropa

(Emularás gozosa á nuestra América—la reflejarás en un  
como remoto dúo—)

De nuevo tu estrella, ¡oh Francia! tu bella luminosa estre-  
lla, más pura, más deslumbrante que nunca en la paz del  
firmamento,

¡Esplenderá inmortal!

## Países sin nombre

Naciones que fueron diez mil años antes que estos Estados,  
y sendas veces diez mil veces antes de estos Estados,

Racimos copiosos de edades durante las cuales hombres  
y mujeres semejantes á nosotros crecieron, lucharon y des-  
aparecieron;

Como fueron sus ciudades, de vastas proporciones, sus  
ordenadas Repúblicas, sus tribus pastorales y nómadas,

Como fueron sus anales, sus gobiernos, sus héroes, quizá  
superiores á todos los héroes,

Como fueron sus leyes, sus costumbres, sus riquezas, sus  
artes, sus tradiciones,

Sus matrimonios, su constitución física, sus mentalidades,  
Como atendieron y practicaron la esclavitud y la libertad,  
lo que pensaron de la muerte y del alma,

Cuáles de entre ellos fueron prudentes y espirituales,

Cuáles, bellos y poéticos, cuáles torpes y atrasados:

Nada sabemos de ellos, no dejaron huella ni testimonios  
escritos, y sin embargo todo queda.

Sé que aquellos hombres y aquellas mujeres tuvieron su  
razón de ser sobre la tierra, lo mismo que la tenemos nos-  
otros,

Sé que forman parte del plan del mundo, tanto como nos-  
otros formamos parte actualmente.

Su gran lejanía en el tiempo no impide que yo lo vea cerca  
de mí.

Los hay cuya faz ovalada refleja calma y sabiduría,

Los hay desnudos y salvajes, en multitudes semejantes á  
enormes nubes de insectos,

Los hay bajo tiendas, pastores, patriarcas, caballeros, en  
familias y en tribus,

Los hay merodeando por las selvas,  
 Los hay que viven en la paz de sus granjas, que saturan  
 las tierras, siembran, cosechan,  
 Otros atraviesan pavimentadas avenidas, entran en los  
 templos, en los palacios, en las bibliotecas, en las fábricas,  
 en las salas de exposiciones, en los tribunales, en los teatros.

—  
 ¿Será posible que tantos millones de hombres hayan realmente desaparecido?

¿Será posible que esas mujeres llenas de la antigua experiencia de la tierra hayan desaparecido?

¿Será posible que sus existencias, sus ciudades, sus artes no tengan más tumbas que las de nuestra memoria?

¿Será posible que no hayan conquistado nada para ellos mismos?

—  
 Yo creo que todos aquellos hombres y aquellas mujeres que poblaron los países sin nombre, continúan existiendo aquí ó allá, invisibles para nosotros,

Continúan existiendo según sus pretéritas normas vitales, de acuerdo con lo que entonces sintieran, pensarán, amarán, odiarán y obrarán.

—  
 Creo que no desaparecieron totalmente aquellas naciones ni ninguno de los que formaban parte de ellas, como no desapareceremos totalmente mi nación ni yo;

De sus idiomas, gobiernos, matrimonios, literaturas, productos, juegos, guerras, costumbres, crímenes, prisiones, esclavos, héroes y poetas,

Sospecho que algo subsiste y espera pacientemente en el mundo aun invisible, algo equivalente á lo que se ha agregado á ellos en la esfera sensible;

Sospecho que un día me será dado encontrarlos no sé dónde,

Junto con todas las antiquísimas particularidades de aquellos países sin nombre.

## Un espectáculo en el campo

Un espectáculo que he visto en el campo, al alba gris y confusa:

Como saliera demasiado temprano de mi tienda, por no poder dormir,

A pasos lentos, en el aire fresco del amanecer, llegué junto á la ambulancia,

Entonces percibo tres cuerpos acostados en parihuelas, que yacían allí sin que hubiera nadie á su lado;

Cada uno de ellos está cubierto por un amplio cobertor de lana oscura;

Un gris y pesado cobertor lo envuelve y recubre todo.

—  
 Me detengo un momento en silencio;

Luego, delicadamente, levanto á la altura de la cabeza el cobertor del primero, del más próximo:

—¿Quién eres, hombre maduro, tan descarnado y espantoso, con tus cabellos grises y tus ojos hundidos?

¿Quién eres, querido camarada?

—  
 En seguida me acerco al segundo:—¿Y tú, quién eres, hijo mío, mi pequeño hijo?

¿Quién eres tú, delicioso niño de mejillas todavía en flor?

—  
 Después paso al tercero. Su rostro no es el de un niño ni el de un anciano; muy sereno, de un soberbio marfil blanco amarillento.

—Joven—le digo—, creo reconocerte. Paréceme que esta faz es la faz de Cristo,

De Cristo muerto y divino, hermano de todos, y que reposa aquí de nuevo.

### La cantante en la prisión

¡Oh visión de piedad, de vergüenza y dolor!  
¡Oh pensamiento horrible! ¡Un alma aprisionada!

Vibraba el estribillo de un extremo al otro de la nave de la prisión y hendiendo el techo se elevaba á los cielos,  
En ondas de melodía tan pensativas, tan suaves, tan fuertes, que nunca se habían escuchado otras iguales,  
Volaban á lo lejos, hasta los oídos de los centinelas y de los guardianes armados, los cuales se detenían en sus rondas, invadidos por un éxtasis y un temor solemnes que detenía el latir de sus corazones.

Un día de invierno, cuando el sol declinaba ya en el horizonte, por un estrecho corredor, en medio de ladrones y bandidos del país

(Los hay á centenares, sentados allí, asesinos de rostro endurecido, falsificadores reincidentes,

Reunidos los domingos, junto á la capilla de la prisión, y rodeados de numerosos guardianes, sólidamente armados, que los vigilan),

Una dama avanzó serenamente, llevando por la mano dos inocentes niños,

Que hizo sentar á su lado, en taburetes, sobre un estrado;  
Luego, sentándose á su vez, tras un preludeo quedo y melódico del piano,

Comenzó á cantar, con voz superior á todas las voces, un himno añejo y singular:

—Un alma aprisionada por barrotes y ligaduras  
Clama: «¡Socorro! ¡A mí!» retorciéndose las manos,

Sus ojos ya no ven, su pecho sangra,  
Y no puede obtener perdón ni bálsamo de paz.

Sin cesar, recorre y cava su prisión,  
¡Oh día de aficción! ¡Oh noches desesperadas!  
Ni una mano de amigo, ni una cara afectuosa,  
Ni un gesto de bondad, ni una palabra de gracia.

No fui yo quien cometió el crimen,  
Fué el cuerpo implacable quien me forzó á ello;  
Largo tiempo resistí con coraje,  
Pero el cuerpo fué más fuerte que yo.

Cara alma aprisionada, defiéndete de nuevo,  
Porque tarde ó temprano vendrá, vendrá el perdón;  
Para libertarte y restituirte á tu hogar,  
La muerte, celeste perdonadora, un día llegará.

¡No eres prisionera, no más vergüenza ni angustia!  
¡Parte, alma libertada por Dios!

La cantante calló,  
La mirada de sus claros ojos tranquilos recorrió todos los rostros anhelantes,  
El mar extraño de esos rostros de presidiarios, un millar de rostros hipócritas, brutales, cicatrizados y bellos,  
En seguida, levantándose, avanzó entre ellos á lo largo del corredor.

(Su vestido, cuyo fru-frú rompía el silencio, les rozaba al pasar.)

Y desapareció con los dos niños en la obscuridad.

Entretanto, sobre todos, detenidos y guardianes armados, antes que hicieran el menor movimiento,  
(Los detenidos olvidando su prisión, los guardianes sus pistolas cargadas),

Un minuto prodigioso de silencio y de emoción cayera  
Cortado de sollozos semisofocados, de llantos de criminales  
estremecidos en lo profundo, y convulsivos suspiros de jóve-  
nes, anegados por los recuerdos del hogar,

Recuerdos de la voz de la madre cantando los cantos fa-  
miliares, de los cuidados de la hermana, de la infancia feliz;  
Sus espíritus, de tiempos atrás cerrados, abríanse de pronto  
á las reminiscencias.

Minuto indecible aquel. Y más tarde, en las noches soli-  
tarias, para muchos, muchísimos de los que allí estaban

Años después, hasta la hora de la muerte, el estribillo,  
arraigado de tristeza, la tonada, la voz, las palabras,

Vibrarían de nuevo, de nuevo la grande y tranquila dama  
pasaría á lo largo del estrecho corredor,

De nuevo sollozaría la melodía, y la cantante en la prisión  
cantaría:

«¡Oh visión de piedad, de vergüenza y dolor,  
¡Oh pensamiento horrible! ¡Un alma apasionada!»

### Orillas del Ontario azul

A orillas del Ontario azul  
Meditaba en los tiempos de la guerra y en la restaura-  
da paz,

Y en los muertos que no vuelven,  
Cuando un fantasma, gigante y soberbio, me abordó con  
severa faz:

*Cántame—me dijo—el poema que irrumpe del alma de la  
América,*

*Cántame el canto de la Victoria,*

*Las marchas de la Libertad, las más potentes marchas;*

*Cántame antes de desaparecer el canto de los dolores de la  
Democracia.*

(La Democracia, la conquistadora que con sonrisas de miel  
rodean labios traidores,

Que á cada paso que da, la acechan la muerte y la des-  
lealtad.)

Una nación se anuncia ella misma:  
Yo constituyo el único desarrollo según el cual puedo ser  
estimado;

No rechazo á nadie, acepto todo, y luego lo reproduzco  
según mis propias formas.

Somos una raza cuya virtud se incuba en el tiempo y en los  
actos,

Somos lo que somos, seres cuyo alumbramiento es una  
contestación á todas las objeciones,

Nos blandimos como se blande un arma,

Somos potentes y terribles para nosotros mismos.

Somos ejecutivos, y suficientes en la diversidad de nos-  
otros mismos,

Somos los más admirables para nosotros mismos y en nos-  
otros mismos.

Nos mantenemos en equilibrio sobre el centro de nosotros  
mismos extendiendo nuestras ramas sobre el mundo,

Del fondo del Missouri, del Nebraska ó del Kansas acoge-  
mos los ataques con risas de desdén.

Nada es criminal para nosotros fuera de nosotros mismos,  
Sobrevenga lo que sobrevenga, sea lo que fuere lo que se  
nos manifiesta, sólo somos admirables ó criminales en nos-  
otros mismos.

(¡Oh madre, oh hermanas queridas!  
Si nos perdemos, no será un vencedor extranjero el que nos  
habrá destruido.

Por nosotros mismos descenderemos en la noche eterna.)

¿Pensáis que no puede existir más que un solo soberano?  
Pueden haber infinitos soberanos: uno no neutraliza al  
otro,

Como un ojo que no ve no neutraliza el otro, ó una exis-  
tencia no neutraliza la otra.